

La historia sucedió hace ya casi un cuarto de siglo. En concreto, el 1 de octubre del año 2000. Ese día, el suplemento dominical del diario *El Mundo*, titulado *Magazine*, publicaba un reportaje sobre una realidad que, por desgracia, conocemos bien en España: la de la inmigración clandestina que cruza en patera el Estrecho de Gibraltar. En el interior de ese suplemento dominical aparecía un reportaje firmado por el fotoperiodista asturiano Javier Bauluz, de título «Muerte a las puertas del paraíso». El reportaje incluía diez fotografías, incluyendo la que vemos en esta página. Bauluz es un fotoperiodista de enorme prestigio, que en 1995 llegó a ganar un Pulitzer por su trabajo sobre el genocidio perpetrado por el gobierno hutu de Ruanda sobre la población tutsi. Entre otras cosas, también es fundador del medio Periodismo Humano (al que puedes acceder [aquí](#)). La foto que vemos fue tomada en septiembre del año 2000, en la localidad gaditana de Zahara de los Atunes. Javier Bauluz lo cuenta así: «Me suena el móvil: un cadáver en la playa de Zahara. Llego a la playa sobre las cinco de la tarde. Esta cuajada de sombrillas, hace un día espléndido y la gente se baña en el agua caliente mientras otros toman el sol. A pocos metros hay un cuerpo en una posición extraña. Levanto la vista y veo una pareja sentada bajo su sombrilla con el cadáver a pocos metros. No se mueven de su sitio a pesar de los periodistas, sus cámaras y el muerto». Toda fotografía, por supuesto, comporta un encuadre (es decir, la proyección que hace una mirada de un instante de intensidad sobre el recuadro del

espacio significante). Esta, por supuesto, no es la excepción, lo que nos lleva a suponer que fuera de los márgenes de la foto existen esos otros sujetos que el propio Bauluz menciona: otros bañistas, periodistas, cámaras, agentes de los cuerpos y fuerzas de seguridad (Bauluz no los alude, pero había agentes de la Guardia Civil en el lugar de los hechos). Dos años después de ser tomada la foto, sobreviene una insólita polémica cuando el periodista Arcadi Espada publica sus *Diarios*, en los que hace una reflexión sobre el documento de Javier Bauluz que acaba por ponerla bajo sospecha de manipulación. Al texto de Arcadi Espada le sucede otro, esta vez defendiendo el trabajo de Bauluz, del Premio Nobel de Literatura José Saramago. La paradoja de la fotografía consiste en

LA PARADOJA DE LA FOTOGRAFÍA



que encuadra, y al hacerlo, selecciona esos momentos de intensidad necesarios de la ficción, que a su vez ocultan, proscriben y opacan los tiempos muertos, que en el fondo son innecesarios para contarnos su verdad. Veamos algo más de este asunto.

**TEXTO DE
ARCADI ESPADA**

El autor de la fotografía y sus primeros editores dijeron que revelaba un hecho: la indiferencia de Occidente ante el drama de la emigración magrebí. Es exactamente en lo primero que debemos fijarnos, pues la foto no existe al margen de este dispositivo simbólico. El hecho que pretende reflejar no existió nunca. Nunca hubo esa relación de indiferencia, en una playa de la costa de Cádiz, entre los dos bañistas y el cadáver. Nunca hubo ni ese silencio ni esa soledad. Toda la retórica de la indiferencia, puramente imaginaria, es obra del fotógrafo Javier Bauluz, premio Pulitzer y hombre bondadoso, profesionalmente entregado a los destruidos. Le bastó para construirla con un encuadre que aislara a las otras figuras presentes en el drama: policías, médicos, leguleyos, personal de asistencia, curiosos, bañistas y una óptica adecuada que colocara en una falsa cercanía a los bañistas y el cadáver.

Cuestión sobre fotografía

Ya hemos visto la fotografía de Javier Bauluz y le hemos dado contexto a las circunstancias en las que fue publicada. Y hemos visto también la polémica que surgió en torno a ella, tanto en la alusión que hace Arcadi Espada en sus *Diarios* como en la columna de José Saramago, de título «Llamado por la muerte». La pregunta que nos hacemos es la siguiente:

*¿Cuál de los dos
posicionamientos define
mejor el carácter de
la fotografía en tanto
ficción y por qué?*

Cuando Javier Bauluz bajó a la playa de Zahara ya sabía que se iba a encontrar un cadáver. Javier Bauluz es fotógrafo, en sus cámaras tanto caben besos como cuerpos destrozados. Si los besos se tornaron indiferentes por la vulgaridad y monótonos los muertos por la multiplicidad, la culpa no es suya. De él se espera que retrate lo que ve, no lo que le gustaría ver.

**TEXTO DE
JOSÉ SARAMAGO**

(...) En otra ocasión tal vez lo atraería la translucidez de la medusa, la tabla mojada por los océanos, la cáscara vacía, el chapapote viscoso, hoy ha venido llamado por la muerte. No tiene la culpa de que los bañistas no se hayan retirado o de que no lloren alrededor del cadáver. Hace su trabajo, fotografía lo que allí está, el muerto y los vivos, fotografía tantas veces cuantas considera necesarias, desde tantos ángulos cuanto el arte de la fotografía prevé, admite y enseña. Dirá con sus imágenes lo que todos ya sabíamos: que los vivos, por la simple razón de que todavía están vivos, repelen automáticamente la evidencia de la muerte, incluso, o sobre todo, cuando la tienen ante los ojos o al alcance de la mano. Un día escribí que el muerto es el mejor amigo del vivo. Aquel cadáver en la playa era un amigo que venía a recordarnos que estamos siempre a la vera de morir, que no vale la pena que volvamos la cabeza hacia otro lado, porque la muerte puede estar a punto de tocarnos el hombro diciéndonos: «Estoy aquí». Javier Bauluz bajó con su cámara a la playa y dijo: «Está ahí». Pero nosotros preferimos hacer como que eso no nos atañe, aprovechamos la última caricia del sol para sumergirnos otra vez en las olas, intercambiamos unos besos más y unas caricias con quien nos acompaña, nos tomamos unas cervezas o un helado de vainilla, exclamamos: «Una tarde espléndida». Y somos inocentes, no hemos hecho mal a nadie. Los vivos se justifican siempre, realmente no sería sensato exigirles que a todas horas vuelvan la cabeza hacia este lado, el del dolor, el de la miseria, el de lo que podía haber sido y no será.